



*Hoja de la Congregación Mariana*

Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Julio 1963

Año XII

:-:

Núm. 156

## 264 Papas

Si todos los Papas hubieran adoptado el mismo nombre tendríamos pronto en la silla pontificia a Pedro 265.

Ha habido pontificados largos y pontificados cortos. El más breve, el de Esteban II, elegido Papa el 23 de marzo del 752 y muerto el 25 del mismo mes, sin haber sido consagrado todavía.

En otro extremo se encuentra Pío IX, que gobernó la sede apostólica 31 años.

No deja de ser curioso el comprobar que la duración de los Papas es mayor en los últimos siglos. Diecisiete Pontífices conoció el siglo XVI. Pero ya el XVII sólo tuvo 11 y 8 el XVIII. El siglo XIX conoció únicamente seis Papas, y el actual ha visto la elección de solo cinco,

Pocas cosas más impresionantes para el cristiano de hoy que asomarse a esa historia del Pontificado, que recorrer esa lista de 264 nombres y a través de ella los caminos de Dios, difíciles a veces, oscuros incluso otras, pero siempre desembocando allí donde Dios quería llevar sus aguas.

¡Y qué galería de tan distintos nombres!

Ha habido Papas jovencísimos y Papas ancianísimos.

Los Papas más jóvenes corresponden a la edad más difícil de la Iglesia, aquellos siglos IX y X que suelen conocerse como «edad de hierro de la Iglesia». Eran siglos en que los nobles y emperadores manejaban la silla de Pedro como un asunto suyo y colocaban en ellas a sus hijos o a sus favoritos. Quizá a lo largo de los siglos, sea este el mayor milagro de la Iglesia: que todo siguiera adelante sin que la piedra de Pedro vacilase. Ninguna otra dinastía habría permanecido en pie.

Los últimos siglos registran una mucho mayor madurez en la edad de los Pontífices. Ved la edad de los últimos. Pío IX—el más joven de todos—fué elegido a los 54. León XIII y Pío X a los 68, Benedicto XV a los 60, Pío XI a los 65, Pío XII a los 63, Juan XXIII a los 77.

De origen noble se registran desde la Edad Media hasta hoy unos 40 Pontífices, muchos de

ellos provenientes de importantísimas familias italianas. Junto a ellos, hay casos emotivos en la historia de la Iglesia en los que los Papas han amado y contado ante el munda su amor a la pobreza. Sucedió al ser elegido Benedicto XI. Su madre, una pobre campesina de Peruggia, acudió a ver a su pequeño elegido Pontífice. Al llegar a Roma con sus vestidos de aldeana algunos dignatarios pontificios se asustaron de aquellos vestidos y embutieron a la pobre mujer en unos vestidos de gran dama. Pero el Papa, al verla así vestida, se negó a reconocer en ella a su madre y solo la abrazó cuando volvieron a llevarla ante él con sus simples vestidos de aldeana.

Y los ejemplos se multiplican en la historia:

Adriano VI era hijo de un pobre carpintero y había conocido la miseria cuando murió su padre y dejó a su madre y sus hermanos en la más total orfandad. Sixto V era hijo de unos hortelanos y de muchacho había sido pastor. Un día dirigiéndose a los nobles de Roma les dijo: «Yo también pertenezco a una familia ilustre: mis padres habitan una casa sin techo y nosotros, cuando niños, nos alumbrábamos con los rayos del sol».

Y en los tiempos modernos ¿cómo no recordar el nombre de Pío X, hijo de un cartero y el de Juan XXIII, cuyos hermanos aldeanos antes, ahora y siempre, han dado una imborrable lección para este mundo? La inolvidable respuesta de Pío X a quienes le proponían dar títulos de nobleza a sus hermanas, quedará en la historia como algo inolvidable: «Mis tres hermanas poseen una nobleza muy respetable: la nobleza de servir. Que se la dejen. Es la única que ante Dios tiene mérito. Servir a Dios es reinar».

Pero sin duda alguna, he aquí la mayor riqueza de ese calendario de 264 hombres: sus mártires, sus santos. Mucho más importantes que sus sabios, sus genios, sus estadistas, sus diplomáticos.

Quince Papas encontraron sus nombres en las listas de los mártires de la iglesia y 81 en la de sus santos.

# Así murió Juan XXIII

Juan XXIII ha rubricado su trascendental gestión al frente de la Iglesia con una muerte conmovedoramente ejemplar y santa, a la cual ha asistido el mundo transido de edificación y de respeto. Tanto o más que con su vida nos ha enseñado con su muerte.

Su enfermedad fué terriblemente dolorosa y su agonía prolongada y martirizante en los ratos lúcidos. El paciente no se quejó, conservó heroicamente su paz y su tranquilidad espiritual. No sólo sufrió resignado, sino que ofreció sus dolores y su vida por la Iglesia y por el mundo.

No pronunció una sola palabra de desaliento, ni un gesto de timidez. Repitió de muchas maneras que no temía a la muerte.

Al médico profesor Gasbarrini le dijo: *«Sé que tengo un tumor. Pues bien, hágase la voluntad de Dios»*.

Y con aquella su gracia característica, añadió: *«No se preocupe excesivamente de mí, porque tengo hechas las maletas y estoy dispuesto a partir en seguida»*.

Pero la enfermedad iba agravándose. El doctor Mazzoni le dijo tartamudeando:

— Santidad, ya no le queda...

El Santo Padre comprendió enseguida lo que le quería anunciar y le interrumpió diciendo:

— *«Está bien, querido doctor, está bien...»*

Y llamó inmediatamente a monseñor Capovilla para decirle:

— *Haga el favor de llamar enseguida a monseñor Cavagna y a monseñor Van Lierde para que me traigan el Viático y la Extremaunción. Quiero estar preparado.*

Dirigiéndose después al doctor Mazzoni le preguntó:

— *«¿Está bien así?...»*

Horas después, cuando experimentó una momentánea recuperación y recobró el conocimiento rezó con sus hermanos algunas preces. Al sentir que decían la jaculatoria «Jesús, José y María, asistidnos en nuestra agonía», el Papa les interrumpió:

— *«He oído que decís «asistidnos» y debéis decir «asistidle», porque la jaculatoria se reza por mí. Vuestro momento todavía no ha llegado.»*

Después de perder el conocimiento lo recobró muchas veces. Pues bien, el despertar de su inteligencia era siempre para elevarse a Dios, para animar a los que le rodeaban y consolarlos al verlos apenados. Recordemos algunas de estas maneras de salir de sus letargos:

— *«No son estos momentos de llorar; sino de alegría y de gloria». «Este día de Pentecostés es un gran día para la Iglesia»*. Otras veces, repetía sus oraciones predilectas. Y cuando se fatigaba demasiado, pedía que se las repitiesen otros. Así sucedió especialmente con un himno religioso a Jesucristo y a la Virgen.

Otros momentos lúcidos sirvieron para descubrirnos las costumbres de su espiritualidad. Como aquel en que dijo lleno de consuelo y de satisfacción: *«¡Cristo me recibe!» «¡Estoy muy cerca de Jesús!»*.

Con estas dos frases, anunciaba la proximidad de su muerte y la alegría que le causaba.

Su confesión con monseñor Cavagna, confesor del Pontífice, dura largo rato, y después de ella se le ve más animado y confortado. Antes de que

reciba el Viático entra en el aposento su colaborador más inmediato, el secretario de Estado, el cardenal Cicognani, a quien le recibe con las palabras del salmo 121: *«iremos a la casa de Dios»*. Aunque el Papa había comulgado a eso de las seis de la mañana, sobre las once de aquella misma mañana vuelve a recibir al Señor como Viático y luego la Extremaunción, con extraordinario fervor y recogimiento.

Por la tarde del 31 de mayo, recibe a una representación del Colegio Cardenalicio, presidida por el cardenal decano y les dice: *«Estoy a punto de partir para la eternidad. He querido dar las gracias al Sacro Colegio. Estoy como una víctima en el altar, ofreciéndome por la Iglesia, por el Concilio, por la paz»*.

Al anoecer es cuando entra por primera vez en coma. Al recuperar el conocimiento y verle allí al Penitenciario Mayor, cardenal Cento, encargado de hacer al Papa la recomendación del alma, pronuncia con voz débil aquella hermosa exclamación de San Pablo: *«deseo morir y hallarme con Cristo»*.

Escenas altamente edificantes y conmovedoras, que exhalan un aroma exquisito de Santidad. A lo largo de los cuatro días de cruenta agonía tales escenas fueron multiplicándose, como cuando expresó: *«Sufro con dolor, pero con amor»*. Y aquel otro momento en que, notando la actividad y movimiento del aposento, pidió que *«le dejaran solo con el Señor»*.

La postura del Papa era de agradecimiento y de mirada a los demás. Así le decía a su Cardenal Secretario: *«¡Qué reconocido estoy! El hecho de ser objeto de atenciones tan delicadas me emociona y me deja perfectamente tranquilo en mi sencillez habitual, al tiempo que me siento unido más que nunca a todos aquellos que sufren en los hospitales y en las casas, que son probados de formas distintas. Este interés por el Papa, que representa humildemente al Señor, quiere señalar un nuevo fervor de plegarias, de pensamientos y de propósitos de paz y reafirma la condición neta y clara de que lo que vale en la vida va siempre en el sentido del Evangelio, es decir: la dulzura, la bondad, la caridad. Deseo que todos reciban mi emocionada gratitud, de forma que todos los que quieran permanecer unidos a mí puedan encontrar un nuevo impulso de amor fraterno recíproco... Yo les bendigo y les animo»*.

En su agonía, decía a su secretario: *«Cuando yo me haya muerto vaya a ver a su madre que hace mucho tiempo que no la visita»*.

¡Qué testamento forman sus frases de agonizante con lucidez!

— *«He podido seguir paso a paso mi muerte, ahora camino dulcemente hacia el fin»*.

— *«Nunca me he inclinado para recoger y devolver la piedra que me arrojaban desde un lado u otro de la calle». «Continuaremos amándonos en el cielo. Yo me voy»*.

— *«En mis conversaciones nocturnas con el Señor he tenido siempre ante mí a Jesucristo Crucificado con sus grandes brazos abiertos para acogernos a todos, puesto que la tarea de la Iglesia Católica es luchar para que todos sean una misma cosa»*.

— *«Yo he ofrecido mi vida por el Concilio. ¿De qué sirve un Papa que se cuida?»*

Sus últimas palabras fueron ¡Madre mía!

Así murió, el 3 de Junio de 1963, Juan XXIII,

## Así era...

Si hubiera que elegir una, una sola de todas las audiencias de Juan XXIII, habría que quedarse con su visita al hospital del «Niño Jesús» en la mañana del día de Navidad de 1958.

Todas las blancas camas estaban ocupadas por niños de menos de doce años que iban a vivir la jornada más hermosa de su vida. «¡Papa, Papa, ven aquí!», le gritó uno desde su cuna, apenas le vió entrar, mientras las monjas estaban consternadas ante los gritos de otro, que no cesaba de gritar: «¡Juan, Juan, Juan!». «Calma, calma—respondió también gritando el Papa—, que ahora llego».

Y comenzó el más tierno recorrido que pueda imaginarse. Hubo una palabra para cada uno, una sonrisa para todos. «¿Te llamas Angel? También antes yo me llamaba así. Pero ahora me han hecho cambiar de nombre».

Pero el termómetro de la emoción subió cuando uno de los pequeños Carmine Lemma, que se había quedado ciego tres meses antes por una meningitis, cogiendo las manos del Papa, le dijo: «Tú eres el Papa, lo sé. Pero yo no puedo verte, ¿sabes?» Sobre el pequeño rostro había como una especie de desesperación. Y el Papa no pudo continuar. Se sentó sobre el borde de la cama y estuvo un largo rato acariciando la mano del niño.

También estaba allí Silvio Colagrande, el niño de quien habían hablado tantos periódicos cuando gracias a la córnea donada al morir por un sacerdote, don Gnochí, pocos años antes recobró la vista: «Yo te veo con los ojos de don Gnochí», dijo al Papa. Y Su Santidad Juan XXIII se volvió entonces a Carmine: «Esperemos que también a tí te deje alguno la córnea. Los hombres pueden llegar a ser muy malos, pero pueden también llegar a ser tan buenos...» Y luego aún añadió, como si hablase consigo mismo: «Todos somos ciegos a veces».

Luego el Papa se arrodilló e invitó a todos los niños a rezar con él un avemaría. Después unió su voz de anciano a las de los pequeños que cantaban un villancico:

«Tú bajas de los cielos  
al mundo helado.  
¡Oh, cuánto te costó  
haberme amado!»

«Era un niño entre los niños», comentó aquella noche el cardenal Tardini.

## Frases del Papa Juan

■ «El amor humano sin contacto con Dios lleva a todos los excesos y acaba en la tristeza», escribía el futuro Papa el 13 de abril de 1940. Y el 18 de Junio de 1940: «Las noticias de la guerra son graves. Será un gran desorden que se resolverá en una expiación general. La guerra es un peligro enorme para un cristiano que cree en Jesús y en su Evangelio. Es una iniquidad y una contradicción. Pienso que desde hoy mi responsabilidad y mis deberes de sabiduría, de moderación y de caridad se hacen mucho más graves. Debo ser el obispo de todos, es decir, el «Cónsul de Dios», el Padre luminoso que anime a cada uno. La Naturaleza me hace desear el triunfo de mi querida patria; la gracia me inspira desde hoy y para siempre propuestas y esfuerzos en favor de la paz».

■ «No busquéis en mí al diplomático hábil ni al sabio sutil; soy sencillamente el reflejo y la sombra del buen Pastor».

■ «No importa lo que piensan y dicen de mí. Sé que debo permanecer fiel a mi buen propósito, a toda costa: quiero ser bueno siempre con todos».

■ «Yo no he encontrado en el Evangelio la figura del «Sumo Sacerdote» que es un esquema judío; ni la del «Pontífice Máximo», que es una figura romana. En el Evangelio sólo he encontrado la figura del Buen Pastor».

■ En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere la medicina de la misericordia más que de la severidad. «Algunos dicen que el Papa es demasiado optimista. Pero, ¿qué voy hacer si veo todas las cosas con el corazón?».

## SU TESTAMENTO

● «No pobre, pero sí de una familia humilde y honrada, soy particularmente feliz por morir pobre, porque he distribuido siguiendo las exigencias y las circunstancias de mi vida sencilla y modesta al servicio de los pobres y de la Santa Iglesia, que me ha mantenido, todo lo que he poseído, en proporciones por demás muy limitadas, durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado».

«A mi querida familia de aquí abajo, de la que yo no he recibido ninguna riqueza—añade—, no puedo dejarle más que una muy grande y especial bendición, invitándoles a permanecer en el temor de Dios que me la ha hecho tan querida, pese a su modestia y de la que nunca me he tenido que avergonzar». Da las gracias y bendice a todos los que formaron parte sucesivamente de su familia espiritual en Bérgamo, en Roma, en Oriente, en Francia, en Venecia, conciudadanos, benefactores, colegas, alumnos y colaboradores, «de quienes fui, aunque indigno, el hermano, padre o el pastor».

● El Papa añade que rogará por todos sin distinción, a la hora del adiós o, mejor, del «hasta luego». «Recomiendo una vez más a todos aquellos lo que hay de más valor en la vida: Jesucristo, la Santa Iglesia, su Evangelio y en el Evangelio la verdad, la bondad, la dulce bondad activa, paciente, invencible y victoriosa. Pido perdón a todos cuantos he podido ofender involuntariamente y a aquellos para quienes yo no he sido un ejemplo. No tengo nada que perdonar nadie, porque en todos aquellos que he conocido o que han tenido relación conmigo y que podrían haberme ofendido o despreciado o tener en poca estima o haberme podido disgustar yo no reconozco más que hermanos y bienhechores por quienes rezo y rezaré siempre».

● En la última parte de su testamento escrita en Castelgandolfo, el Santo Padre, después de expresar su confianza en la Virgen María, señala: «Espero y recibiré con toda sencillez y alegría de nuestra hermana la muerte en las circunstancias en que quiera el Señor enviármela».

# Anécdotas de Juan XXIII

## «¿CÓMO ESTÁ SU ANCIANA MAMÁ?»

«¿Cómo está su anciana mamá?», preguntó Juan XXIII a monseñor Luigi Magliacani, vicario apostólico de Arabia, residente en Aden y Obispo capuchino, de sesenta y un años que había conocido, hacía cinco años, cuando era todavía patriarca de Venecia. El prelado, sorprendido por la memoria del Soberano Pontífice, le contestó «que su madre, aunque de noventa y seis años, se encontraba bien». «Me gustaría verla», añadió el Papa.

Monseñor Magliacani fué a buscar a su aldea natal de Toscana a su anciana madre y fué recibida en audiencia por su Santidad. Juan XXIII le dispuso una acogida afectuosa, y después de haberla hecho sentarse a su lado departió amablemente con ella. Al final de la audiencia le regaló un rosario, diciéndole: «Así estaremos unidos por la oración todos los días, pues un Papa tiene mucho que rezar, incluso por los que no lo hacen».

## EN LA CAMA DE ENFERMO

Juan XXIII era un mal enfermo. Al pinchazo de una inyección le llamaba picazón de pulga. A los jarabes «potingue». Capovilla le corrige:

—El Papa Pío XII les llamaba a lo más, «Cáliz de la Amargura».

—Bien, pero mi augusto antecesor era santo; sin embargo, yo, un pobrecillo pecador. Y el cáliz de la amargura lo preparó Dios y este jarabe un simple matasanos... Ya ve la diferencia.

—Vuestra Beatitud tiene que aprender a soportar angustias.

—Angustias, nunca; todo con paz. Tendré sufrimiento, pero no angustias. Con Dios por delante casi, casi, tampoco sufrimiento. Sino a medias, el «sufrir» es de Cristo que padeció por los dos. El «miento», lo que yo aporéo. Y no del todo, sino hasta con secretario... Soy un Cristo muy a lo moderno, un Cristo burgués. Con perpetuo ciríneo.

## SU PLUMA

Cuando Juan XXIII se hallaba enfermo en su cama regaló su pluma estilográfica al profesor Mazzoni, para agradecerle todo lo que había hecho por él.

«Profesor, le dije, me gustaría darle alguna señal de mi gratitud. Usted ha hecho mucho por mí pero no tengo nada. Solamente esta pluma. Por favor, tómelala; está casi nueva. Nunca la he usado».

## NO PODIA COMER SOLO

Si no tiene un comensal durante su comida diaria, se lo inventa. Tal vez le hace interlocutor de honor al propio camarero. Le pregunta por su nombre.

—Me llamo Leopoldo.

—¿Su santo será el 15 de noviembre?

—Justo.

Bueno, Leopoldo, figúrese que es hoy su santo y le felicito de antemano su onomástica; siéntese a mi mesa.

—Oh no, Beatitud.

—Sí, Leopolditud.

Y Leopoldo se sienta, con la servilleta al brazo, delante del Papa. Y charlan.

—Deje esa servilleta, ¿qué le apetece comer?

—Santidad, ya he comido.

—Tan mal como yo, no. Usted habrá tenido compañía. Yo estaba solo, hasta venir a acompañarme usted.

## CUENTA SU CONFESOR

Monseñor Cavagna, confesor de Juan XXIII, cuenta que el Papa le confió que desde que su madre le reprendió por una inocente mentira que dijo siendo niño, nunca había dicho una mentira en su vida.

Relata también monseñor Cavagna que Juan XXIII se confesaba todos los viernes y que se levantaba cotidianamente a las cuatro y media de la madrugada, «aunque si en las horas precedentes había estado corrigiendo las cartas y los discursos que monseñor Capovilla le había pasado por debajo de la puerta, el Papa devolvía corregidos ya, utilizando para su devolución, el mismo sistema, con el fin de que en las primeras horas de la mañana pudiesen estar mecanografiadas las cuartillas». En su artículo monseñor Cavagna ha revelado también que el Papa Roncalli tenía consigo últimamente una gramática rusa, porque deseaba aprender algunos vocablos de esta lengua «para demostrar cuánto amaba a ese gran pueblo».

## SU HUMILDAD

Sus cuatro hermanos que acudieron alegres a Roma cuando tuvieron noticia de que su hermano Angelo había sido elegido Papa, el nuevo Pontífice les recibió con la abierta campechanía de su bondadoso carácter. Al despedirse les dijo:

—Recordad que sois hermanos y sobrinos de un Pontífice, pero recordad que sois Roncalli, descendientes de Batistone de la Colombera.

Lección de humildad y de dignidad.

## EL PAPA DE LAS SORPRESAS

Juan XXIII ha sido el Papa de las sorpresas, de los cambios, de ciencia lógica simplificadora, que no se atiene a las convenciones por mera tradición. Al celebrar su primera Nochebuena como Papa revivió la abandonada costumbre de visitar los hospitales y las prisiones de Roma. En agosto de 1959, en pleno estío, decidió usar un sombrero blanco de verano y unas zapatillas rojas de cuero, mucho más cómodo para sus largos paseos que el calzado de terciopelo. «¡Qué irán a decir», exclamó.